

EL ARTE DE SALIR DE ESCENA

SALIR de escena es difícil. En la vida real, las gentes siempre tienen dificultades para despedirse. Suelen empezar a prepararse media hora antes: mirada al reloj, movimientos nerviosos en la silla, ajustes en la chaqueta, una forma peculiar de ir dejando morir la conversación con un "bueno, pues..." o un "en fin, las cosas son así...". Cuando el teatro se hacía según arte y oficio, los autores trabajaban las salidas de sus personajes: unas tenían que ser discretas, casi invisibles, pero justificadas, cuando el personaje había dejado de ser utilizado en el escenario. Otras, brillantes y eficaces. El arte del mutis.

Tito está saliendo mal de escena. Los periódicos han gastado ya sus fórmulas de despedida, sus fotos, sus biografías. Podrá ocurrir como con un personaje de principios de siglo, cuya muerte acechaban los periódicos: cuando murió, uno de ellos publicó un gran titular: "Por fin ha muerto...". La muerte de Franco fue, en cambio, coherente. Cuadraba con la frase de Rilke: "Cada uno muere de su propia muerte". Prolongaba la resistencia al mutis que fue toda su vida, trataba de ignorar el problema, de hacerse el indiferente a lo que le molestaba.

Salir de un Ministerio ha sido siempre un fracaso para nuestros primeros actores de la política. Se ha visto a algunos llorar en la ceremonia del traspaso de funciones. Otros se han quedado con una cara de asombro que no se les ha ido todavía. Otros se negaron a aceptar la realidad: Julio Rodríguez no puso en sus tarjetas "ex ministro", sino "ministro del Gobierno de Carrero Blanco", para determinar una inmanencia histórica, una adhesión inseparable a la esencia de un tiempo que, ciertamente, le correspondió.

Probablemente, ninguna salida tan brillante, en los últimos años, como la de Clavero Arévalo. Ha salido por arriba, como un independiente heroico, como alguien a quien los acontecimientos han dado la razón. Hasta la forma en que ha sido sucedido en el Ministerio ha hecho que se sienta añoranza de un tiempo que, mientras estaba sucediendo, parecía anodino y vacío. Quién sabe si el secreto final del Ministerio de Cultura, la única ocasión posible de que vaya bien, es que no se le note, que se le perciba lo menos posible.

¿Cómo saldrá Suárez? ¿Hacia dónde saldrá? ¿Quién puede ser el autor de ese mutis? Algo con lo que sueñan muchos políticos... Los sucesores, los pretendientes de Penélope, piensan en el insomnio de la noche cuál sería la trampa suprema, cómo podrían ellos tensar el arco del poder. Y algunos, incluso, piensan que saldrá en las próximas elecciones. Sería el mutis más admirable que podría hacer el presidente. Que a su vez, sin duda, sueña en cómo cegar ese camino. Acaba de verle los dientes a las elecciones: acaba de enterarse, con Andalucía, cómo por mucho que se prepare un resultado electoral, cuando es adverso, sale adverso, y sucio, y empañado. ¡Qué hermosa ocasión para hacer un mutis brillante y democrático! Pero la verdad es que los políticos nunca preparan su salida de escena. No la pueden ni siquiera imaginar. Es un arte que no quieren estudiar. ■

POZUELO



ritarismo se pasa insensiblemente. Y del autoritarismo deriva el empleo de la fuerza. La fuerza nunca legítima, por sí misma, a un poder; pero puede sostenerlo. La normalidad lógica es la contraria: es el poder el que debe legitimar el uso de la fuerza.

UCD está cayendo por esa pendiente. A la expresión del "desencanto" no se le ha sacado su último sentido, que es el de la responsabilidad Gobierno-UCD en ese desencanto. Sin negar la responsabilidad de los otros partidos de fuera del Gobierno, que no han creado la suficiente fuerza de esperanzas o de alternativas, ni los de los grupos de fuera del Parlamento y aun de fuera de la legalidad, que han alterado y están alterando la superficie de la democracia, parece bastante claro que el Gobierno-UCD no ha abastecido al país de las soluciones que él mismo prometió. Las autonomías están funcionando mal —la cuestión de Andalucía ha sido, sobre todo, un gran espectáculo de fraude de esperanzas y de mal gobierno—, la economía no mejora, el paro crece, las libertades individuales se van recordando —Ley del Divorcio, Ley de Centros, reforma universitaria, asalto a la libertad de expresión—. Todo ello representa, al mismo tiempo, una degeneración de promesas y un paso de la autoridad hacia el autoritarismo. Y el uso de la fuerza, en muchos casos, no está excluido.

SOBRE las dos salidas antes citadas —o convocatoria de elecciones o conversión del poder en fuerza— hay una tercera: la de rectificación. Es decir, la de la reflexión que pueda hacer UCD y el Gobierno de los resultados de su política, hasta estos momentos, y la comparación entre aquello que prometieron y lo que no están cumpliendo. No ya en las imposibilidades —y ya es grave prometer imposibilidades—, sino en lo que todavía es posible. Para ello es preciso, sobre todo, que se revalore el concepto del poder y se vuelva a la concepción rusioniana que, por el momento, es la más válida en sistemas democráticos: la comprensión del derecho —como espíritu, más que como letra— y la convicción que se debe llevar al ciudadano de cuáles son sus deberes. Todo ello está siendo pervertido por la obsesión del poder conservado a toda costa; por una mecanización de la política que la aparta de una humanización. ■